



SEGUNDA PARTE,

EN QUE SE DA FIN A LA PEREGRINA y admirable historia de la invencible Princesa de Brabante Santa Genoveva.

Militaba Sigifredo
 contra la tropa agarena,
 dando asuntos à la fama,
 y triunfos a sus vanderas,
 quando recibió del Postta
 las cartas, en que le cuenta
 el Mayordomo el enredo,
 con que culpó á G-noveva.
 Apénas la leyó el Conde,
 quando como una cruel fiera,
 saliendo de sí furioso,
 exclamó : ò vil Princesa !
 así miras por mi honor,
 el tiempo que yo en la guerra
 con mi propia sangre añado
 nuevo lustre à tu nobleza ?
 Es posible , que así pagues
 el amor y la fineza,
 con que siempre te he querido ?
 Qué se hizo la firmeza ?
 Mas qué es esto que me pasa !
 No , no es posible que quepa
 tal desórden en mi esposa,
 mas pura que las estrellas.
 Pero como no ha de ser,
 si lo dice y lo vocea
 ese infame , que es aborto
 de tu torpe incontinencia ?

O tirana , yo te ofrezco
 el darte la recompensa
 por tu loco devaneo.
 Así dixo , y con presteza
 escribió , y despachó al Posta
 con una carta que entrega
 al Mayordomo en que el Conde
 manda , que con gran cautela
 al criado den la muerte;
 y que luego à Genoveva,
 con el hijo que ha parido,
 la sacasen à una sierra,
 donde les quiten las vidas,
 y que se traygan , por seña
 de que queda executado,
 la lengua de la Princesa.
 Alegróse el Mayordomo
 con estas infaustas nuevas,
 y al punto le dió al criado
 una bebida , en que beba
 sin ser sentida la muerte;
 y mandó , que à Genoveva
 la avisen , que se prepare,
 que está su muerte muy cerca.
 Lleváronle la noticia
 à esta invencible Princesa,
 y bañada en tierno llanto,
 envia al cielo sus queexas,

di-



diciendo : Jesus piadoso,
no es justo que la inocencia
padezca tales rigores
à manos de la insolencia.
Si acaso yo os he ofendido,
pague yo sola la pena;
pero este inocente niño
qué culpa tiene , qué ofensa
pudo cometer naciendo,
sino nacer de mí mesma?
Ay hijo de mis entrañas,
que has nacido à tantas penas,
por nacer de una infeliz!
Mas detente y calla , lengua,
que quiero morir gustosa,
supuesto que así lo ordena
aquel Dios , à quien yo he dado
de mi amor la mejor prenda.
Mientras esto , el Mayordomo
à dos criados ordena,
que con disimulo saquen
hácia un monte à la Princesa,
con su hijo , y que à los dos
les den la muerte , que expresa
en su carta Sigifredo,
para vengar sus afrentas.
Obedecen los criados,
y à estos dos corderos llevan
para ser sacrificados.
Aquí enmudece la lengua,
aquí faltan los sentidos,
y el corazon titubea,
al oír el dulce llanto,
los suspiros y las queexas,
con que al partir se despide
de su casa Genoveva.
A Dios , vasallos , decia,
à Dios montes , à Dios , selvas,
à Dios , patria amada mia,
à Dios , amigos , que es fuerza

obedecer à mi esposo;
llorad mis tristes exequias,
y sedme fieles testigos,
que mantuve la firmeza,
que à tal esposo debia.
Con esto llegó à la breña,
destinada para campo
de tan funesta tragedia.
Paráronse los criados,
y la dicen : Genoveva,
como mandados venimos
à executar la sentencia,
que manda el Condé tu esposo;
y así es preciso que muera
este niño , y luego tú
la misma suerte padezcas.
Dixeron , y al dar el golpe
en aquella planta tierna,
les dixo la triste madre:
detened , si no sois fieras,
el golpe , y en mí primero
ese agudo acèro hiera,
y no querais que una triste
duplicada muerte tenga,
viendo morir à su hijo.
Mas por alta providencia
los criados condolidos,
entre sí mismos conciertan,
dexar vivos à los dos
en aquella oculta sierra.
Así lo hicieron , llevando
al Mayordomo la lengua
de un perro , con que ocultaron
su compasiva clemencia.
Quedáronse los dos solos
en la intrincada maleza
de aquel monte , sin tener
mas abrigo que las peñas,
mas amparo que el del cielo,
ni mas compañía que fieras.

An-

Anduvo pues algun poco,
al eco de una risueña
fuente que la convidaba
con sus cristalinas perlas.
Se acercó la triste madre,
y reparó que allí cerca
se ocultaba entre las ramas
una retirada cueba.
Alegróse, por hallar
algun sitio, donde pueda
reclinar al tierno infante,
seguro de tantas fieras.
Levantó al cielo los ojos,
y agradece con fineza
encontrar algun amparo
contra tantas inclemencias.
En este tiempo repara,
que por la celeste esfera
baxa un Angel, que en sus manos
trae una Imágen perfecta
de Christo crucificado,
y llegándose à la cueba,
dice con dulces palabras:
ea amada Genoveva,
por mas penas que te sigan,
por mas trabajos que tengas,
los endulzará Jesus
con la sangre de sus venas.
En él hallarás alivio:
veslo aquí, lo dexo en prenda
de que no te desampara,
vive en Dios, con él te queda.
Desapareciendo el Angel,
quedó la santa Princesa
tan alentada, que todos
los trabajos è inclemencias,
los llevaba con mas gusto
que su perdida grandeza.
Así pasó algunos días,
manteniéndose con yerbas,

de la intemperie del tiempo
à los rigores expuesta,
que como no acostumbrada,
los siente sobremanera:
con que llegó à tal estado,
que perdida la belleza
de su rostro, aun no era sombra
de su antigua gentileza;
pero lo que mas la aflige,
es, que la mucha abstinencia
la debilita de modo,
que à sus pechos falta néctar,
con que mantener al niño,
que con llantos y con señas
por el sustento clamaba.
Y acudiendo à la clemencia
de Jesus crucificado,
reparó, que hácia la cueba
se venia presurosa
una muy lucida cierva,
y que acercándose al niño,
le dió à mamar alhagüeña.
Con este raro prodigio
se consoló Genoveva,
y mas viendo que dos veces
en cada dia la cierva
daba de mamar al niño.
Dexemos à la Princesa,
y vamos à Sigifredo,
que concluida la guerra,
se volvia à su palacio,
sin apartar de su idea
la muerte que mandó darle
à su amada Genoveva.
Andaba siempre confuso,
culpando su ligereza
en mandar quitar la vida,
sin examinar las pruebas.
Los amigos le acompañan,
y piden que se divierta:



à este fin dispuso un dia irse à un bosque , donde pueda divertir su pensamiento con la gustosa tarea de la caza , y convidando à sus parientes , se acercan à un monte , y à pocos pasos descubrió el Conde una cierva, que medrosa se retiró; y Sigifredo se empeña en seguirla , y fue hasta tanto, que se amparó de una cueba, à donde al Conde guiaba la divina Providencia.

Desmontóse del caballo, para hallar con mas presteza la cierva que perseguia; y muy cerca de la puerta divisó un bulto , y dudando, si era hombre ò si era fiera, entre confuso y turbado, le preguntó , que quién era ? Entónces ahogada en llanto le respondió la Princesa: soy una infeliz muger, à quien traxo à esta aspereza el haber sido constante; y por escusar molestias, digo de una vez , que soy la infelice Genoveva.

Apénas la escuchó el Conde, quando postrándose en tierra, la pide que le perdone, diciéndola : ò gran Princesa, yo soy quien tiene la culpa, por creer con ligereza delitos donde no caben.

Perdóname , amada prenda, y à trueque de verte viva, cesen pasadas ofensas.

Convocó à los compañeros, y del caso les da cuenta. Vinieron à la Ciudad, y con suntuosas fiestas celebraron el hallazgo del Infante y la Princesa. Luego al punto manda el Conde, que al Mayordomo se prenda, y que atado à quatro brutos, pague el infame la pena de haber supuesto un delito contra tan santa Princesa.

El gusto le duró poco, porque la mucha abstinencia, que por casi siete años padeció esta gran Princesa, la reduxo à tal estado, que sin poder socorrerla, llegó al trance de la muerte, porque es tiempo de que tengan premio ya tantos trabajos, y goce de gloria eterna.

Sintiolo en extremo el Conde, que fino amante quisiera morir tambien con su esposa, por no morirse de pena.

Y viendo quàn poco dura de este mundo la grandeza, se retiró con su hijo à una Religion austera, donde haciendo santa vida, fueron à gozar la eterna.

Esta es la admirable historia de la gloriosa Princesa de Brabante , cuya vida la Santa Romana Iglesia nos propone para exemplo. Pidámosla , nos defienda de traydores enemigos, y de las nocivas lenguas.